

Evolución de la población de Navarra en el Siglo XVII

ALFREDO FLORISTÁN IMÍZCOZ

Entre las diversas manifestaciones de una «decadencia» española en el siglo XVII, probablemente la población haya sido uno de los aspectos peor atendidos a un nivel general. La intensidad de la «crisis» demográfica del seiscientos es todavía una realidad imprecisa, cuando no discutida, tanto en sus cifras absolutas como en el reparto geográfico o en la cronología. La síntesis del desarrollo de la población española en el siglo XVII que hiciera A. Domínguez Ortiz en 1963¹, ligeramente rectificada por J. Nadal en 1966², al igual que las obras más recientes³, han tenido que recurrir a la acumulación de evoluciones parciales y a la estimación aproximativa para suplir lo que las fuentes no facilitan. Ha sido la carencia de recuentos generales, o su escasa garantía de veracidad -a diferencia de los disponibles para los siglos XVI y XVIII-, lo que ha dificultado la elaboración de una síntesis precisa y detallada, que las enriquecedoras aportaciones de monografías comarcales y locales no pueden, por el momento, suplir del todo⁴.

La inclusión del reino de Navarra en estas síntesis generales se ha hecho, por regla general, recurriendo a las cifras de población publicadas en el siglo pasado por José Yanguas y Miranda⁵ y, antes todavía, por Jerónimo Uztáriz⁶. Yanguas dio a conocer las cifras globales por merindades de un recuento de 1637 y, sin embargo, acaso porque estimó excesiva la acumulación de datos sobre esta centuria en el artículo «Población», silenció la existencia de tres «apeos» de 1644, 1646 y 1678, que conocía perfectamente, y que, quizás por ello, han sido menos utilizados. Uztáriz, por su parte, manejó las cifras de 1678, publicando el total del reino.

1. *La sociedad española en el siglo XVII*, Madrid, 1963, I, pp. 101-113.

2. *La población española (siglos XVI a XX)*, Barcelona, 1984, pp. 35-72.

3. V. VÁZQUEZ DE PRADA, *Historia económica y social de España. Siglos XVI y XVII*, Madrid, 1978, pp. 92-94; J. P. LE FLEM, *LOS aspectos económicos de la España moderna*, en vol. V de *la Historia de España* dirigida por M. Tuñón de Lara (Barcelona, 1982) pp. 95-96; H. KAMEN, *La España de Carlos II*, Barcelona, 1981, p. 106.

4. Ya lo advirtió A. DOMÍNGUEZ ORTIZ, *La sociedad.*, I, pp. 53-59. Insiste sobre lo mismo, con más amplia información aunque sólo para Castilla, M. MARTÍN GALÁN, *Fuentes y métodos para el estudio de la demografía histórica castellana durante la Edad Moderna*, «Hispania» (Madrid), n.º 148 (mayo-agosto 1981), pp. 245-248.

5. *Diccionario de Antigüedades del Reino de Navarra*, Pamplona, 1840.

6. *Theórica y práctica de Comercio y de Marina*, Madrid 1742, p. 35.

Esta abundancia relativa de información estadística sobre la población permite hacer en Navarra, quizás mejor que en ningún otro reino o comarca de España, un balance bastante completo y detallado de la evolución demográfica en el seiscientos. Esto es lo que pretendemos con el presente trabajo. Por una parte, hacer el estudio de los «apeos» de población de Navarra en el siglo XVII. Al mismo tiempo, intentamos exponer, siquiera sea someramente, un primer esquema -sujeto a las precisiones y rectificaciones que harán, necesariamente, ulteriores investigaciones- de la evolución de la población navarra en esa centuria⁷.

1. LAS FUENTES

En el siglo XVII se conoció una importante mejora en cuanto a la cantidad y a la calidad de la información documental sobre la población navarra. Los recuentos generales, aunque todavía rudimentarios y de carácter fiscal, se regularizaron en sus formas de confección. Pasaron de ser investigaciones encargadas por el rey al virrey (1553) o al obispo (1587), por intereses nacionales y sin apenas control, a ser tarea encomendada por las Cortes y vigilada y revisada atentamente por su Diputación, para utilidad del gobierno interior navarro. Por otra parte, el progresivo perfeccionamiento, en información y exactitud, de los libros sacramentales y su mejor conservación, paralelo al que se descubre en toda España, permite un mejor aprovechamiento de las series de bautismos, matrimonios y defunciones.

1.1. Recuentos generales. Los «apeos» de población.

Las Cortes de Pamplona de 1642 decidieron hacer, por su cuenta y bajo su control, un «apeamiento fijo de las casas, vecinos y moradores» del reino para evitar las quejas de los pueblos cada vez que se procedía a un «repartimiento» fiscal. Con pretensiones de efectividad y de imparcialidad, que interesaban en principio a todos, el congreso acordó nombrar «apeadores» de su confianza que recorrieran uno por uno todos los pueblos y casas, con asistencia de alcaldes y regidores, confeccionando listas nominales por casas y vecinos, enumerando aparte los clérigos; el «apeo» quedaría en manos de la Diputación, custodiado en su archivo, como regla única de todo repartimiento futuro. Vencida la desconfianza inicial del virrey, que exigió la presencia del cura del lugar, la del alcalde, el testimonio de un escribano real y que los apeadores nombrados obtuvieran su aprobación, se procedió al recuento⁸. Por motivos que desconocemos, éste no se llevó a cabo hasta los meses finales de 1644 y primeros de 1645, y no resultó una experiencia satisfactoria⁹.

7. Continuando mi anterior trabajo sobre la *Población de Navarra en el siglo XVI*, «Príncipe de Viana» (Pamplona), n.º 165 (1982), pp. 211-261.

8. *Novísima Recopilación de las Leyes del Reino de Navarra*, lib. I, tit. XXV, ley X,

9. Archivo General de Navarra (A.G.N.), Cortes y Diputación: Estadística, lees. 1, 13, 19, 22 y 29.

EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN DE NAVARRA EN EL SIGLO XVII

Las Cortes de 1646 apreciaron que los apeadores no habían «corrido conformes en la inteligencia de la ley» -probablemente por la imprecisión de las instrucciones de 1642- y que era necesario anularlo y empezar de nuevo. Esta vez se aclaró que el objeto del recuento eran las unidades fiscales familiares: «vecinos» y «habitantes» con «fuego separado», vivieran o no en la misma casa con otros. Y se adoptaron medidas para evitar fraudes, como exigir el juramento de las autoridades que asistiesen al apeo, aumentar a cinco los apeadores (uno por merindad) o amenazar con penas pecuniarias a los que no recorrieran cada lugar casa por casa¹⁰. Esta vez se procedió inmediatamente al recuento por merindades y en medio año, entre 1646 y 1647, la Diputación dispuso de la relación completa de familias contribuyentes, de que se sirvió durante treinta años para arbitrar diversos repartimientos¹¹.

Pero, con el transcurso del tiempo, la desigual evolución de la población introdujo desajustes que atentaban contra la igualdad con que debían hacerse los repartos. Así lo apreciaron las Cortes de Pamplona de 1677-1678, que acordaron la confección de un nuevo apeo en la misma forma que lo habían dispuesto las leyes de 1642 y 1646, con la novedad de ser diez las personas encargadas de llevarlo a cabo, a fin de agilizar el trabajo¹². La negativa del virrey a confirmar el nombramiento de uno de los apeadores -por motivos personales y políticos que no hacen al caso- retrasó unos meses el trabajo, que se concluyó a mediados de 1678¹³.

Cincuenta años después, las Cortes de Estella de 1724-1726 entendieron que «la mutación de los pueblos de este Reino desde el año de 1677 hasta el presente era sumamente reparable y perjudiciable, pues unos contribuyen con mayores cantidades que debieran y otros con menores que las que les corresponden», por lo que acordaron hacer un nuevo apeo general, semejante a los anteriores. Este fue el último propiamente dicho, confeccionado por encargo de las Cortes mediante la inspección directa de un apeador¹⁵.

El contenido, salvo diferencias mínimas según los años y los apeadores, es muy semejante en todos. Son relaciones nominales autenticadas de unidades familiares en las que se anotan las circunstancias de cada cabeza de familia como «vecino» o como mero «habitante»¹⁶, como propietario o no de la casa en que vive. No son recuentos de casas sino de familias, distinguiendo las que, aún viviendo bajo el mismo techo, tienen «fuegos separados», es decir, constituyen unidades económicas y fiscales distintas, y las que, por el contrario, viven «a un mismo fuego», y, pese a ser dos familias, cuentan como una a efectos fiscales¹⁷. No se olvidan de incluir los clérigos y palacios aunque sean

10. *Nov. Rec.*, lib. I, tít. XXV, ley XI.

11. A.G.N., Cortes y Diputación: Estadística, legs. 2, 13-14, 19, 22-23 y 29.

12. *Nov. Rec.*, lib. I, tít. XXV, leyes XII y XIII.

13. A.G.N., Cortes y Diputación: Estadística, legs. 2-4, 14-15, 19, 23 y 30.

14. *Cuadernos de las Leyes y Agravios reparados por los Tres Estados del Reino de Navarra*: Estella 1724-1726, ley LXIX.

15. A.G.N. Cortes y Diputación: Estadística, legs. 4-6, 15, 20, 24 y 30.

16. La clasificación de las familias como «vecinos» o como «habitantes» (o «moradores»), habitual en las fuentes navarras, hace referencia a su condición legal respecto a la comunidad local en que reside. Según costumbres diversas, los «habitantes» veían restringido su derecho a participar en los aprovechamientos de las tierras y montes comunales y en el gobierno, a diferencia de los «vecinos» de pleno derecho. En cualquier caso, se trata siempre de familias, nunca de individuos.

17. Esto, sin duda, daría lugar a equívocos y fraudes, especialmente en la Navarra central

de «cabo de armería» y, como tales, exentos: la Diputación, cuando revisaba el apeo para elaborar las cifras oficiales definitivas, descontaba a los exentos y resolvía las dudas y reclamaciones que el apeador se limitaba a atestiguar¹⁸. También se hace advertencia sistemática de quiénes son «pobres» y no faltan las referencias profesionales, muy completas en ocasiones, lo que enriquece a la fuente con la perspectiva de una provechosa utilización en historia social. La relación no olvida los molinos, granjas y casas aisladas, también las de señorío, habitadas o desiertas. Y el de 1726 incluye una lista minuciosa de las casas deshabitadas, su situación y la antigüedad del abandono.

Estas listas nominales de «vecinos» y «habitantes» han sido utilizadas exhaustivamente en algunos trabajos parciales pero falta su estudio completo para toda Navarra. Esta dificultad se salva recurriendo a los «Resúmenes» oficiales que elaboraron las diputaciones respectivas y que sirvieron de base a los repartos. No lo hay del primer apeo de 1644-1645 -más adelante veremos por qué- pero sí de los otros tres. Del de 1646-1647 disponemos del original y de dos copias, una de ellas con pequeñas variantes¹⁹ y sendas versiones de los de 1678 y 1726²⁰.

1.2. Los libros sacramentales

El registro sacramental de los bautismos, matrimonios y defunciones, en la medida en que refleje con fidelidad los movimientos naturales de la población -natalidad, nupcialidad y mortalidad- es una fuente complementaria indispensable de los recuentos generales. A la vez que ratifica, o desmiente, la evolución que aquellos apuntan a grandes trazos, descubre con minuciosidad cada una de las incidencias de su desarrollo.

A pesar de que, como es bien conocido, su aprovechamiento demográfico encuentra dificultades, que comienzan con la escasez de series completas y la dispersión de los archivos parroquiales, he creído preferible no prescindir de esta fuente. Me he servido exclusivamente de los libros de bautizados que, sin duda, resultan más completos y menos problemáticos, para el objeto concreto

y septentrional, donde parece que eran predominantes las familias polinucleares. Quedaba al arbitrio del apeador el dilucidar las ocasiones en que, «concurriendo padres e hijos casados en una casa, no teniendo familia y fuego separado, no se haya de poner más de un vecino ni morador»; pero debían evitar, también, «los fraudes que podría aver de juntarse familias y fuego para sólo el tiempo del apeamiento» (*Nov. Rec.*, lib. I, tít. XXV, ley XI).

18. Las Cortes concedieron los «repartimientos por fuegos» sin atender otra exención que la ordenada por fuero: los palacios que fuesen «cabo de armería» y sus caseros o «claveros». Parece que, de hecho, también estuvieron exentos, al menos en el repartimiento de 1726, los ministros de los Tribunales reales y los «pobres de solemnidad». Ver M. ARTOLA, *La Hacienda real de Navarra en el Antiguo Régimen*, «Saioak» (San Sebastián), III (1979), p. 223.

19. Manejamos el «Resumen general del número de vecinos, propietarios y moradores de las merindades de... correspondiente al año 1646-1647» (A.G.N., Cortes y Diputación: Estadística, leg. 49, carp. 2). Hay copias por merindades en la misma sección de Estadística y otra, con ligeras variantes, hecha en 1658 por encargo del Tribunal de Comptos (A.G.N., Cámara de Comptos: Papeles sueltos, leg. 177, carp. 3).

20. A.G.N., Cámara de Comptos: Libros de fuegos s. XVI («Resumen de los vecinos, propietarios y moradores del Reino de Navarra según el apeo que se hizo el año de 1678»); y «Libro de repartimientos por fuegos» (folios 1 r. -8 v.: «Repartimiento de los años 1725, 1726 y 1727»).

EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN DE NAVARRA EN EL SIGLO XVII

que pretendemos -describir la evolución de la población-, que los de difuntos o que los de casados. Quizás la muestra de 42 series parroquiales utilizada no sea todo lo ponderadamente representativa de las distintas comarcas de Navarra que sería de desear. Pero el hecho de que totalizaban, en 1678, el 14,3% de la población navarra, permite extraer conclusiones generales con bastante fundamento²¹.

1.3. Valoración crítica

«Apeos» de familias, confeccionados por motivos fiscales, y libros de bautizados, con una finalidad religiosa, deben reunir unos requisitos mínimos que autoricen su utilización como fuentes demográficas. Esta comprobación es posible mediante el examen de cada una -modo de realización y contenido- y por la comparación de unas con otras, si bien, en último extremo, la seguridad sobre su exactitud nunca será absoluta²².

El inventario de la documentación de Cortes y Diputación del Archivo General²³ atribuye la fecha de 1637 a un resumen de la población de Navarra en cinco hojas, ninguna de las cuales está fechada. José Yanguas lo publicó como de ese año²⁴ y muchos se han guiado por él, desde Pascual Madoz hasta Domínguez Ortiz. Sin embargo, creo que debe rectificarse este extremo. Por el reverso de las hojas se advierte, con la misma letra del inventario, que son «razón de los apeos» o «estado de los apeos», y no hay noticia de que se realizase por aquellos años ningún recuento general. Si a esto añadimos una semejanza sorprendente, tanto en el contenido («vecinos», «habitantes», «palacios», «clérigos», «gentes de guerra» y «casas vacías») como en las cifras (con diferencia de unidades) con el primer apeo de 1644-1645, parece necesario concluir que, por error, se catalogó como de 1637 lo que era resumen del apeo de 1644-1645²⁵.

21. Veintitrés pertenecen a la merindad de Estella (A. FLORISTAN, *La merindad de Estella en la Edad Moderna: los hombres y la tierra*, Pamplona, 1982, pp. 69-72: Larraona, Eulate, San Martín, Genevilla, Marañón, Desojo, Arizala, Abárzuza, Eraul, Ugar, Lezáun, Mañeru, Cirauqui (S. Román y Sta. Catalina), Arróniz, Dicastillo, Los Arcos, El Busto, Sansol, Aras, Bargota, Andosilla, Estella (S. Juan). Las diecinueve restantes proceden de los trabajos de investigación realizados por alumnos de 5.º curso de Historia Moderna de España, bajo la dirección del Dr. Valentín Vázquez de Prada: Larraga (M.C. López Sánchez), Ujué (L. Ramón), Tafalla (parroquia de S. Pedro: J.C. Bravo), Echauri (D. Obanos), Cascante (E. Sola), Roncal (M.A. Ozcoidi), Garralda (M.A. Iriarte), Cáseda (M.T. Goyeneche), Mendigorriá (M.A. Ruiz de Larramendi y M.A. Martínez de Lecea), Monreal (M.C. Zabalegui), Caparroso (A.M. Aicua), Elizondo (M.A. Rincón), Huarte-Araquil (I. Aizpún), Lumbier (J. Martínez Chopereña), Olite (parroquia de S. Pedro: M.L. Regalado), Sangüesa (parroquia de Sta. María: M. Chocarro), Urdiáin (M.T. Diez de Ulzurrun), Villafranca (M.C. Belarra), Villava (parroquia de S. Andrés: M.D. Gil Bel).

Utilizamos la división comarcal de Navarra según A. FLORISTAN SAMANES: *Regiones y comarcas de Navarra*, en «Homenaje a D. J.M. Casas Torres» (Zaragoza 1972), pp. 135-140.

22. Trato con mayor detenimiento lo referente a la crítica de los apeos y libros sacramentales en *La merindad de Estella...*, pp. 54-55 y 58-61.

23. A.G.N. Cortes y Diputación: Estadística, leg. 49, carp. 1.

24. *Diccionario de Antigüedades...*, II, pp. 428-430.

25. También coinciden estas cifras con las que sirvieron para un repartimiento de 560 hombres en 1646 (A.G.N., Cortes y Diputación: Guerra, leg. 3, carp. 101). La confusión puede originarse, quizás, porque las Cortes de 1637 realizaron una averiguación de la gente disponible para empuñar armas en la guerra con Francia (Ibidem, leg. 3, carp. 1: varias carpetas con listas de varones entre 18 y 60 años).

Este primer apeo de 1644-1645 no parece una fuente digna de crédito. Así lo estimaron las mismas Cortes de 1646 cuando acordaron que se volviese a hacer y dieron instrucciones más precisas para evitar las ocultaciones y, sobre todo, la diversidad de criterios de que había pecado la anterior encuesta. Al parecer, su principal defecto fue el de computar casas sin distinguir las «familias» que pudiesen convivir en ellas. La diferencia entre los totales de los apeos de 1644-1645 y de 1646 es bien significativa y no cabe atribuirla a ninguna mortalidad catastrófica en ese año: un incremento del 9,14% en las cifras globales en el espacio de escasamente dos años no tiene otra explicación.

Los apeos de 1646, 1678 y 1726 fueron utilizados para el reparto de cargas fiscales y militares sin que sepamos de la existencia de quejas o reclamaciones. En principio, cuentan positivamente, en su valoración crítica, con lo cuidadoso de su confección, a diferencia de otras encuestas realizadas más aprisa, por orden del virrey y por intereses ajenos al reino. La inspección ocular directa por un «apeador» comisionado del reino ante las autoridades locales y comarcales, el testimonio del notario y del cura, la revisión de las quejas y dudas por la Diputación, todos estos pasos parecen actuar como otros tantos elementos de control. Por otra parte, su mismo contenido no los aleja demasiado de una encuesta demográfica, pues las interferencias debidas a la condición social de las familias fueron mínimas. El pago del «servicio por fuegos» obligaba a todos, incluidos los hidalgos, y aún los exentos -los palacianos de cabo de armería, clérigos, pobres- aparecen apeados, aunque luego se advierta su exclusión en el resumen final. Lo mismo ocurre con algunos lugares de señorío que pagaban el cuartel y alcabala a su señor: se apean, aunque luego los descuentan para el cómputo global.

Por lo que he podido comprobar en la merindad de Estella, una de las cinco en que se dividía Navarra, las listas nominales originales no coinciden exactamente con las cifras «oficiales» de los resúmenes elaborados por los «revisores» que nombraba la Diputación. Dependía de éstos la interpretación más o menos rigurosa, o con criterios ligeramente distintos, de qué familias estaban exentas de contribuir (qué palacianos eran de «cabo de armería», qué pobres verdaderamente «mendigantes») y, en especial, la definición de familia-unidad fiscal (comprobar que dos familias vivían realmente «a distinto fuego»). A las dificultades intrínsecas de la tarea se sumarían las presiones de todo tipo, principalmente por parte de quienes aspiraban a que su «palacio» adquiriese el rango de «cabo de armería», con la exención fiscal inherente²⁶.

De la comparación, en la merindad de Estella, entre las versiones originales y los resúmenes finales se advierte un distanciamiento creciente en favor de las primeras sobre los segundos: 0,5% en 1646, 3,5% en 1678 y 6,1% en 1726. Parece que el resumen de 1646 se elaboró prácticamente sin manipulación alguna, anotando lo que cada apeador había sumado como total del pueblo, mientras que las revisiones de 1678 y 1726 introdujeron desviaciones que habremos de considerar a la hora de calcular el crecimiento de la población.

26. Se conserva un interesante cuadernillo de 1727 con las minuciosas «Adbertencias y dudas que los señores revisores de los apeos ponen en noticia de la Ilma. Diputación» (A.G.N., Cortes y Diputación: Estadística, leg. 49, carp. 5). Los principales problemas se planteaban en torno a la calidad de los palacios (si eran o no «cabo de armería»), la convivencia de varias familias bajo el mismo techo (¿cuándo considerar que eran «fuegos» distintos?) y la calificación de los pobres como verdaderos «mendigantes» (es decir, no como simples «necesitados»).

EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN DE NAVARRA EN EL SIGLO XVII

A estas apreciaciones críticas se pueden añadir dos comprobaciones estadísticas. El cálculo de las tasas brutas de natalidad (comparando la cifra de población de ciertos lugares en 1646, 1678 y 1726 con la media anual de bautismos en los mismos años) deja un cierto margen a la interpretación. Primero, porque no existía una tasa bruta de natalidad estable, común a toda España, que sirva de referencia inequívoca, sino que se ha comprobado una oscilación nada desdeñable²⁷. La conversión de familias a individuos añade otra variable difícil de aquilatar cuando conviven, como en Navarra, familias extensas en la Montaña y familias nucleares en la Ribera, y lo desconocemos todo acerca de su evolución.

Para 5.103 casos de la Merindad de Estella, en 1817, hallamos índices extremos de 5,47 individuos por familia en los valles más septentrionales y de 4,2 en las villas de la Ribera, con un promedio global de 4,6²⁸. Aplicados estos índices a 23 localidades en 1646, 1678 y 1726, el resultado ha sido satisfactorio: sólo en siete ocasiones, en forma aislada, se calculan tasas de natalidad anormalmente altas o bajas, que apuntan hacia una ocultación de familias o un subregistro de bautismos. Sobre una muestra más amplia se borran tales divergencias y se confirma, en el conjunto, un estrecho paralelismo entre la evolución que miden los apeos y los libros de bautismo:

Años	Habitantes	Bautismos	T.B. Natalidad
1646	13.365	506,8	37,9
1678	16.860	642,7	38,1
1726	17.420	660,9	37,9

Se ha comprobado que toda Navarra fue apeada en estos tres años y detectado la omisión de poco más de una docena de lugares de señorío, muy poco poblados, que descontamos para evitar distorsiones.

La comparación diacrónica, pueblo por pueblo, mediante el cálculo de las tasas brutas de crecimiento, o de disminución, sirve para sacar a la luz algunas evoluciones difícilmente explicables por el simple balance vegetativo de nacimientos y defunciones, que inducen a pensar en probables ocultaciones, al menos mientras no se documente otra explicación suficiente²⁹. La comprobación ha resultado altamente satisfactoria. Sólo cabe deducir una probable ocultación en ciertos valles y localidades del apeo de 1646³⁰.

27. Entre tasas, por ejemplo, de 30-35‰ en Galicia (J.M. PÉREZ GARCÍA, *Un modelo de sociedad de Antiguo Régimen en la Galicia costera: la península del Salnés (Jurisdicción de la Lanzada)*, Santiago de Compostela, 1979, p. 121) y tasas en torno al 40‰ en el interior castellano (V. PEREZ MOREDA, *Las crisis de mortalidad en la España interior (siglos XVI-XIX)*, Madrid, 1980, pp. 134-137).

28. A. FLORISTAN I., *La merindad de Estella...*, pp. 93-94.

29. A. EIRAS ROEL, *Test de concordancia aplicado a la crítica de vecindarios fiscales de la época preestadística*, en «Actas de las I Jornadas de Metodología aplicada a las ciencias históricas» (Santiago de Compostela, 1975), III, pp. 361-386.

30. El «hundimiento» de los valles de Burunda, Ergoyena y Araquil entre 1553 y 1646 (—24%, —54%, —37%, respectivamente), que contrasta con su rapidísima «recuperación» treinta años más tarde (+48%, +94% y +46% entre 1646 y 1678), resulta, en principio, sospechoso de una probable ocultación en el apeo de 1646. Además, los bautismos en Huarte-Araquil y Urdiáin no ratifican tal evolución: el incremento de los bautismos entre el mínimo de

En resumen, contamos con una serie de recuentos muy completos y de excelente calidad para abordar un primer estudio descriptivo de la evolución experimentada por la población navarra en el siglo XVII.

2. GRANDES LINEAS DE LA EVOLUCIÓN

Comparemos las cifras de población de Navarra según los apeos de 1646, 1678 y 1726 para trazar un primer esquema de la evolución general, que detallaremos y completaremos con las curvas bautismales³¹.

EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN (en porcentajes)

	1553-1646	1646-1678	1678-1726	1553-1726
1. Merindad de Pamplona:				
C. Ansoáin	+ 10,3	+ 19,7	+ 2,1	+34,5
V. Anué (a)	+ 4,5	+ 17,5	+ 12,3	+41,6
V. Araiz	+21,7	+33,2	-19,9	+33,7
V. Araquil (b)	-36,5	+46,4	+ 12,6	+ 4,8
V. Atez	- 3,5	+ 18,6	+ 9,1	+27,9
V. Basaburúa Mayor	-26,6	+27,7	+ 15,7	+ 8,5
V. Basaburúa Menor	- 0,4	+39,8	+ 11,3	+54,9
V. Baztán	+24,7	+21,6	+ 10,5	+58,8
V. Bértiz-Arana	+30,4	+ 10,4	- 3,6	+43,5
V. Burunda	-24,1	+47,6	+24,0	+38,9

1632-1644 (28,7) y el máximo de 1674-1689 (34,5) no autoriza, en todo caso, a estimar un crecimiento superior al 20%.

La pérdida del 17,9% de la población de la merindad de Olite entre 1553 y 1646 resulta sorprendente, por elevarse muy por encima de la de las circunscripciones vecinas (merindades de Estella —5,9% y Tudela —4,8%). La sospecha se agrava por el hecho de que el incremento 1646-1678 (+21,4%) fuese muy semejante a la pérdida anterior: ¿no será que nos encontramos ante una ocultación en el apeo de 1646?. La confrontación con las series bautismales de Larraga, Ujué, Caparroso y San Pedro de Olite no es del todo concluyente: si, por un lado, se ratifica la gravedad de la crisis demográfica (caída de los bautismos en un 22% entre 1600-1609 y 1640-1649), de ningún modo apuntan un crecimiento entre esta década y 1675-1684, sino más bien lo contrario (suave descenso de los bautismos en un 5%).

Con estos datos, me inclino a estimar como más probable una ocultación del 10-15% de los efectivos de la merindad de Olite en 1646. Sumada a la de los valles de la Barranca-Burunda reducirían, como máximo, en un 5% la población total del reino.

31. Orillamos intencionadamente el problema del coeficiente que reduzca las unidades fiscales familiares de los apeos a «habitantes», que es de lo que realmente se ocupa la demografía histórica (Un primer planteamiento de la cuestión en F. BUSTELO, *Transformación de vecinos en habitantes. El problema del coeficiente*, «Estudios geográficos», n.º 130 (1973), pp. 154-164). Sólo un estudio minucioso y bien documentado podrá fijar coeficientes máximos y mínimos, según el tipo de estructura familiar (extensa o nuclear) y la coyuntura demográfica (con diferencias entre periodos de crecimiento o de retroceso): mientras tanto avanzaremos a ciegas. Por otra parte la comparación entre el número de fuegos de dos apeos puede distanciarse ampliamente, por exceso o por defecto, de la evolución real del número de personas. Un aumento, por ejemplo, del 20% en el número de familias entre 1600 y 1650 (de 100 a 120 fuegos) pudo ocurrir con sólo un incremento del 6% de los habitantes, si del promedio 4,5 habitantes/familia en el primer año se bajó a 4 en el segundo; pero tendríamos un incremento del 35% en el caso contrario.

EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN DE NAVARRA EN EL SIGLO XVII

	1553-1464	1464-1678	1678-1726	1553-1726
V. Cinco Villas	+24,9	+30,4	+ 4,1	+69,4
C. Cizur	+ 2,4	+ 1,1	+ 4,0	+ 7,0
V. Echauri	+ 1,2	+ 11,3	+ 12,0	+26,8
V. Ergoyena	-53,6	+93,6	+ 10,3	- 1,0
V. Ezcabarte	+ 4,4	- 3,1	+ 19,0	+20,7
C. Galar	+ 5,6	+ 4,0	+ 3,4	+ 14,8
V. Ilzarbe	+25,0	- 5,0	+ 10,2	+30,7
V. Imoz	+ 3,5	+ 7,0	+20,7	+33,4
C. Iza (c)	-22,2	+ 7,9	+ 6,7	-10,4
V. Juslapeña	-22,7	+ 5,5	+ 3,1	-15,7
V. Larráun	- 9,4	+32,0	- 7,5	+ 9,7
V. Odieta	+ 4,4	+ 3,5	+20,0	+29,6
V. Oláibar	-19,0	+ 0,5	+ 15,1	- 4,1
V. Olo	-12,9	+ 18,1	+ 3,2	+ 6,0
C. Olza	- 3,7	+ 13,3	+ 1,4	+ 10,7
Pamplona	- 7,3	- 0,9	-10,1	+ 1,1
V. Santesteban	+30,6	+25,8	+ 2,0	+69,7
V. Ulzama	- 5,9	+ 14,7	+ 14,8	+25,8
Villava	+36,9	- 9,3	+37,4	+71,2
Total	- 0,1	+16,7	+ 8,3	+26,2
2. Merindad de Sangüesa:				
V. Aézcoa (d)	- 6,4	+ 7,9	+ 11,7	+ 12,8
V. Aibar (e)	-14,9	+ 12,4	+ 4,7	0
Aoiz	+33,8	+ 12,4	+ 10,9	+67,2
V. Aranguren	-14,5	- 3,7	+ 13,3	- 6,8
V. Arce	+25,6	+ 3,5	+ 10,6	+44,3
V. Egiús	+24,2	+ 10,5	+ 7,0	+49,0
V. Elorz (f)	+ 3,1	+ 3,5	- 3,3	+ 2,1
V. Erro	-11,8	+ 9,7	+ 2,2	- 2,4
V. Esteribar (g)	+ 3,9	-22,4	+ 8,0	-12,8
Huarte	+51,5	- 2,5	+21,9	+79,3
V. Ibargoiti (h)	+ 17,4	+ 7,6	-15,4	+ 3,6
V. Izagaondua	+29,8	+ 7,7	- 1,7	+28,8
V. Lizoáin (i)	+ 18,5	- 5,7	- 3,1	+ 12,5
V. Lónguina	+40,7	- 0,5	0	+42,2
Lumbier	+ 3,6	+ 6,7	- 2,1	+ 8,1
A. Navascués	-15,3	+ 2,7	- 5,9	-18,3
V. Roncal	- 5,3	- 4,8	-17,5	-25,7
V. Salazar	+ 3,1	- 0,5	-12,7	-10,6
Sangüesa	-19,3	-18,8	- 4,2	-31,7
V. Unciti	-11,7	+ 15,4	- 7,9	- 6,4
V. Urraul	+ 15,5	+ 0,7	+ 7,2	+23,7
Urroz	+ 2,8	+ 4,4	+ 2,4	+ 12,9
Total	+0,4	+0,1	- 0,6	- 0,1

ALFREDO FLORISTAN IMIZCOZ

1553-1646 1646-1678 1678-1726 1553-1726

3. Merindad de Estella:

V. Aguilar (j)	-10,4	- 1,3	-13,3	-22,6
V. Allín	-15,9	+ 1,7	- 3,3	-17,3
V. Améscoa Alta	-21,8	- 5,6	- 3,9	-29,3
V. Améscoa Baja	- 8,1	+ 12,0	+ 1,0	+ 3,7
V. Berrueza	+ 1,3	- 2,6	- 2,1	- 5,2
Condado y señoríos	-15,5	+ 3,2	+51,8	+32,0
V. Ega	-15,5	+ 1,6	+ 8,9	- 6,6
Estella	+ 11,2	+ 9,5	- 2,2	+ 19,1
V. Goñi	-44,3	+23,4	+ 5,2	-27,8
V. Guesálaz	- 2,9	+ 14,2	+ 7,6	-19,4
V. Lana	- 3,0	+ 2,2	-25,3	-25,7
V. Mañeru	+26,2	+21,4	+ 17,3	+ 79,6
V. Santesteban	-12,7	- 5,5	+ 7,6	-11,3
V. Solana	- 5,0	-15,1	+ 12,6	- 9,4
P. Viana	+ 1,4	+ 17,1	- 3,2	+ 15,0
V. Yerri	+ 0,4	- 4,0	+ 11,8	+ 7,9
Total	- 5,9	+ 4,7	+ 10,9	+ 9,5

4. Merindad de Olite:

Artajona	- 8,6	+21,0	- 4,9	+ 5,4
Beire	-43,4	+41,5	-16,7	- 34,0
Berbinzana (n)	—	+30,0	- 0,1	—
Caparrosos	-18,9	+ 17,3	+59,3	+ 52,0
Falces	-16,1	+23,4	+ 17,1	+ 21,1
Funes	-34,0	+ 15,2	+46,3	+ 10,5
Larraza	-18,2	+ 12,1	+ 2,9	- 3,3
Marcilla	-19,6	+ 19,4	+26,5	+ 21,3
Mendigorría (1)	+ 2,8	-16,5	- 0,1	- 14,3
Milagro	+29,0	+50,0	+43,2	+ 177,8
Miranda	- 8,3	+26,5	-19,9	- 7,2
Murillo el Cuende (11)	0	+30,5	+ 16,6	+ 39,1
Murillo el Fruto	-52,2	+29,4	+35,8	- 15,9
V. Orba	-20,0	+ 17,6	- 4,4	- 10,1
Olite	-41,4	- 8,2	+ 13,3	- 39,2
Peralta	-22,6	+33,7	+ 11,6	+ 15,4
Pitillas	-41,1	-16,0	+ 15,4	- 42,3
San Martín de Unx	+ 4,8	+ 15,3	-17,1	- 0,3
Santacara	-50,0	+ 19,3	+34,9	- 19,3
Tafalla	- 4,7	+45,5	- 4,5	+ 32,4
Ujué	+ 4,7	+ 8,9	-14,4	- 2,2
Total	-17,9	+21,4	+ 6,5	+ 6,0

EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN DE NAVARRA EN EL SIGLO XVII

	1553-1646	1646-1678	1678-1726	1553-1726
5. Merindad de Tudela:				
Ablitas (m)	+ 71,6	+27,9	- 21,4	+ 60,3
Arguedas	- 4,9	+ 0,8	- 16,3	- 19,9
Barillas	+ 11,1	- 7,0	+ 29,5	+ 29,6
Buñuel	- 27,9	+53,6	- 16,1	- 6,3
Cabanillas	- 25,4	-32,0	+ 18,5	- 39,9
Cadreita	- 14,7	+21,3	+ 33,3	+ 37,2
Carcastillo	- 54,9	-25,0	+ 117,2	- 27,0
Cascante (n)	+ 43,4	-29,5	+ 14,5	+ 15,7
Cintruénigo	+ 10,4	-21,5	+ 29,1	+ 11,9
Corella	+ 13,5	+ 1,8	+ 11,2	+ 28,5
Cortes (o)	- 4,3	+ 17,6	- 3,0	+ 11,8
Fitero	+ 3,3	+37,4	+ 9,0	+ 54,7
Fontellas	+ 71,4	+20,8	- 5,0	+ 96,9
Fustiñana	- 13,3	+52,4	+ 13,7	+ 50,7
Mélida	- 26,2	+38,0	+ 4,4	+ 6,0
Monteagudo	- 27,9	+43,6	- 15,6	- 12,7
Murchante	- 20,0	- 9,4	+ 64,9	+ 18,7
Ribaforada	- 61,9	+42,3	- 3,6	- 49,7
Tudela (p)	- 18,1	+ 4,1	+ 3,4	- 12,0
Tulebras	+ 160,0	-20,4	+ 59,0	+218,0
Valtierra	- 11,9	+29,5	- 6,6	+ 6,6
Villafranca	- 29,0	+22,0	+ 58,1	+ 37,1
Total	- 4,8	+ 4,3	+ 9,5	+ 8,5

- a. Con la villa de Lanz
- b. Con Arbizu, Arruazu, Echarri-Aranaz, Huarte-Araquil, Lacunza y Lizarragabengoa
- c. Con el valle de Gulina
- d. Con Burguete y Valcarlos
- e. Con Cáseda
- f. Con Monreal y Tiebas
- g. Con Larrasoaña
- h. Con Vesolla
- i. Con el valle de Arriasgoiti
- j. Con Zúñiga
- k. Incluido como «barrio» de Larraga en 1553
- l. Con Muruzábal de Andión en 1646, 1678 y 1726
- ll. Con Traibuenas en 1646, 1678 y 1726
- m. Con Pédriz en 1553, 1678 y 1726
- n. Con Urzante
- o. Con Mora en 1678 y 1726
- p. Con Murillo de las Limas

2.1. ¿Crisis en el siglo XVII?

¿Hubo también en Navarra una «crisis demográfica» en el siglo XVII?. No cabe dudar del descenso global de la población entre 1600 y 1646. Calculábamnos unas 36.300 familias navarras en torno al cambio de siglo³² y, según el apeo de 1646, sumaban 30.638 (con una corrección positiva del 5%), lo que supone una pérdida aproximada de 12% de la población. Pero es preciso hacer algunas matizaciones comarcales.

Las pérdidas 1553-1646 fueron más acusadas en la Zona Media y Ribera-merindades de Olite (-17,9% ?), Estella (-5,9%) y Tudela (-4,8%)- que en la Montaña-merindades de Pamplona (-0,1%) y Sangüesa (0,4%)- que repiten prácticamente las mismas cifras. Considerando que probablemente las merindades de Olite y Tudela crecieran durante la segunda mitad del siglo XVI a un ritmo más vivo y durante más tiempo que las restantes, parece fundado estimar en ellas pérdidas cercanas o superiores al 20%. Este hundimiento se explica, en buena medida, por la gravedad con que asoló la Ribera y parte de la Zona Media la gran mortandad de 1631³³.

La Montaña, sin embargo, parece mantenerse al margen. Pequeños incrementos en unos valles se compensan con pérdidas mínimas en otros, de tal modo que, corregidas las cifras de 1646, la población de las merindades de Pamplona y Sangüesa sería aproximadamente la misma de 1600 y muy poco superior a la de 1553.

La «despoblación» más intensa se localiza en el curso inferior de los ríos Aragón (de Cáseda a Villafranca), Arga (de Larraga a Funes) y Ega (Lerín, Cárcar y Andosilla), con porcentajes en torno al 20% y más. Por el contrario, ciertos valles o villas con una importante explotación vitícola han incrementado sus efectivos entre 1553 y 1646: valle de Mañeru (+26,2%), Valdizarbe (+25%), Cascante (+43,4%), Cintruénigo (+10,4%), Corella (+13,5%).

El extremo N.O. del reino, comarca de abundantes precipitaciones en la vertiente cantábrica vecina a Guipúzcoa, creció: valles de Baztán (+24,7%), Bértiz-Arana (+30,4%), Santesteban (+30,6%) y Cinco Villas (+24,9%). La semejanza en los porcentajes de incremento, la concentración geográfica del fenómeno en los valles y villas en torno al río Bidasoa y la continuidad del mismo entre 1646 y 1678 hacen sospechar el trasfondo de un cambio agrícola importante. Probablemente, se trata de la introducción del maíz, que se documenta hacia mediados del XVII³⁴, coetánea y paralela a la que ocurría en Guipúzcoa³⁵.

32. A. FLORISTAN I., *Población...*, p. 233.

33. E. ORTA, *La Ribera tudelana bajo los Austrias. Aproximación a su estudio socioeconómico*, «P.V.», n.º 166-167 (mayo-diciembre 1982), pp. 723-867. Otro factor de despoblación: la expulsión de los moriscos aragoneses atrajo un número indeterminado de emigrantes navarros, principalmente de la merindad de Tudela (*Ibid.*, pp. 817-818).

34. Francisco de Bertaut anotó, en su memoria del viaje a España en 1659, que el cultivo de maíz caracterizaba el paisaje entre Vera de Bidasoa y Santesteban, asemejándolo al de Burdeos (J. GARCÍA MERCADAL *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, Madrid, 1959, II, pp. 553). J. CARO BAROJA documenta la presencia del maíz en Vera a mediados del XVII, aunque su generalización se retrasara a principios del XVIII (*De la vida rural vasca. Vera de Bidasoa*, en «Estudios vascos», San Sebastián, 1974, IV, pp. 95 ss.).

35. P. FERNANDEZ ALBALADEJO, *La crisis del Antiguo Régimen en Guipúzcoa, 1766-1833. Cambio económico e historia*, Madrid, 1975, pp. 85-88. L. M. BILBAO, *La introducción y*

EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN DE NAVARRA EN EL SIGLO XVII

2.2. Años de estancamiento (1646-1678)

El balance global de estas tres décadas es de suave recuperación de la población. La diferencia entre los efectivos de 1646 y 1678 es mínima: unas 32.200 familias en el primero y alrededor de 33.770 en el segundo, con una pequeña ganancia del 4,9%³⁶.

Por merindades, si salvamos las deficiencias del apeo de 1646, sólo la de Pamplona obtuvo una ganancia global sensible: en torno al 10-12% (0,36% anual). Esto se debió, principalmente, al empuje de las tierras del extremo N.O, es decir, la cuenca inferior del río Bidasoa, las de los ríos Urumea y Araxes e incluso, a modo de una tímida prolongación al sur de la divisoria de aguas Cantábrico-Mediterráneo, las cabeceras de los ríos Larráun y Basaburúa: valles de Araiz (+33,2%: 0,79% anual), Basaburúa Menor (+39,8%: 0,94% anual), Cinco Villas (+30,4%: 0,72% anual), Santesteban(+25,8%: 0,61% anual), Basaburúa Mayor (+27,7%: 0,66% anual) y Larráun (+32,0%: 0,76% anual). Los valles y cendeas del resto de la merindad crecieron muy suavemente a un ritmo promedio de 0,25% anual. La capital de Navarra sigue perdiendo población, casi imperceptiblemente, desde mediados del XVI: 1.974 vecinos en 1553, 1.829 en 1646 y 1.752 en 1678³⁷.

La pérdida global de 0,1 % en la merindad de Sangüesa resulta prácticamente imperceptible. Los incrementos de población se concentran en la cuenca prepirenaica entre Pamplona y Sangüesa, (Egüés +10,5%, Elorz +3,5%, Ibargoiti +7,6%, etc.) y en el valle de Aibar (+12,4%), es decir, allí donde existen mejores condiciones para la agricultura. Por el contrario, el despoblamiento afecta principalmente a los valles pirenaicos, que viven de la ganadería ovina (Esteribar -22,4%, Roncal -4,8%) y a la propia capital del distrito: Sangüesa, con sólo 400 fuegos, se encuentra muy lejos de las 632 familias que había llegado a tener en 1553.

La misma tónica de pequeños avances y retrocesos que se compensan la encontramos en la merindad de Estella, esta vez con un balance ligeramente positivo (+4,7%). Sólo el valle de Mañeru (+21,4%: 0,5% anual) y el partido de Viana (+17,1%: 0,38% anual), dos circunscripciones señaladamente vitícolas, sobresalen por encima de las demás³⁸.

En la merindad de Olite el incremento de 21,4% entre 1646 y 1678 coincide sospechosamente con la pérdida del 17,8% del período precedente 1553-1646³⁹. Restadas en cada pueblo las «pérdidas» de 1553-1646 de las «ganancias» de 1646-1678, el resultado es muy similar al de la merindad de Estella: pequeños incrementos y retrocesos irregularmente repartidos que se compen-

expansión del maíz y su incidencia en la economía del País Vasco, vol. VI, de la *Historia General del País Vasco* (Bilbao, 1981), pp. 47-66. A. ARIZCUN documenta abundantemente la evolución del Valle de Baztán: *La evolución de la población en Navarra durante el siglo XVII: el caso del Valle de Baztán*, «Langaiak», 5 (1984), pp. 5-13.

36. Corregidas en +3,5% las 32.631 familias del resumen final de 1678.

37. La cifra de 3.000 vecinos en 1587 del informe del Obispo de Pamplona resulta, a todas luces, exagerada.

38. Idéntica «resistencia» a la crisis y un balance netamente positivo en el siglo XVII tuvo la vecina comarca vitícola de Laguardia, en la Rioja alavesa (E. FERNANDEZ DE PINEDO, *Crecimiento económico y transformaciones sociales en el País Vasco 1.100-1850*, Madrid, 1974, p. 20).

39. Ver nota n.º 30.

san entre sí con un saldo prácticamente nulo. Sólo en algunos pueblos cabe advertir un crecimiento verdaderamente notable, pero son la excepción (por ejemplo, Milagro, a orillas de los ríos Aragón y Ebro: +29% entre 1553 y 1646, +50% en 1646-1678 y +43,2% en 1678-1726).

Por último, la merindad de Tudela, que creció un 4,3% entre 1646 y 1678, demuestra ser una comarca de contrastes sorprendentes. Son muchos los pueblos que ganan o pierden en estos treinta años en torno al 20-30% de sus vecinos sin que se advierta a primera vista, sin un estudio más profundo, una explicación geo-económica satisfactoria. No creo que en esta ocasión deba pensarse en deficiencias de una o de ambas fuentes de información. Más bien me inclino a explicar tales contrastes, en apariencia incoherentes, como reflejo fiel de unas décadas muy agitadas en esta comarca. El ataque de la peste y, de un modo especial, el marasmo de la economía, le afectarían con especial intensidad por estar más abierta que las demás a las influencias exteriores y dependiente del comercio⁴⁰. El escaso arraigo de buena parte de la población jornalera puede explicar satisfactoriamente algunos hundimientos o crecimientos aparentemente espectaculares, pero que consistirían en meros trasvases de mano de obra allí donde un regadío o nuevas roturaciones de tierras lo demandasen. Esta movilidad «estructural», de corto radio, se incrementaría en coyunturas, como la de mediados del XVII, en que la amenaza del contagio y las dificultades económicas impelían a cambiar de residencia de forma más o menos definitiva. Así nos explicaríamos, por ejemplo, que Cintruénigo y Cascante pierdan el 21,5% y el 29,5% de sus familias mientras que, entre los mismos años, los pueblos vecinos de Fitero y Ablitas ganen el 37,4% y el 27,9%, respectivamente.

2.3. Evidencias de recuperación (1678-1726)

A partir de 1680, aproximadamente, la marcha ascendente de la población navarra será sensible aunque todavía a un ritmo muy suave. Las 33.770 familias de 1678 ascienden a 36.190 en 1726 (con una corrección del 6% sobre las 34.138 del resumen): una ganancia del 7% en 48 años era muy poco (+0,14% anual). Salvo la merindad de Sangüesa, que perdió el 0,6%, las cuatro restantes aumentaron sus efectivos en porcentajes muy semejantes: Estella +10,9%, Tudela +9,5%, Pamplona +8,3% y Olite +6,5%.

En la merindad de Pamplona el signo positivo se extiende a casi todos los valles, con sólo tres excepciones. En cuanto a los porcentajes de incremento, las diferencias son mínimas y únicamente superan el 15% algunos de ellos. Los de la vertiente cantábrica que habían crecido tan espectacularmente entre 1646 y 1678 (Cinco Villas, Santesteban, Basaburúa Menor, etc.) no se distinguen ahora de los demás. ¿Se ha consumado tempranamente la «revolución del maíz» y la población ha vuelto a tocar «techo» a finales del XVII?; ¿o es que se interrumpió de algún modo aquel proceso, sin llegar a completarse?.

Ganancias y pérdidas, la mayoría inferiores al 10% se reparten por igual en

40. E. ORTA, *La Ribera tudelana bajo los Austrias.*, pp. 810-813 y 856-858. Se echa en falta una utilización más crítica y de primera mano de los apeos y recuentos generales.

EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN DE NAVARRA EN EL SIGLO XVII

los valles y villas de la merindad de Sangüesa. Y si el saldo global es ligeramente negativo (-0,6%), continuando la tónica del período 1646-1678, esto se debió, en buena medida, al peso de los dos valles pirenaicos más populosos, los de Roncal y Salazar, que pierden el 17,5% y el 12,7% de su población. Culminan así una prolongada recesión, cuyos inicios podemos fijar hacia finales del siglo XVI, y del que no serían ajenos los problemas del pastoreo ovino, la endémica tensión en la frontera y la progresiva invasión de textiles franceses⁴¹. El Valle de Roncal, con 905 vecinos en 1553 (856 en 1646 y 787 en 1678) tendría sólo 672 en 1726, con una pérdida del 25,7% en 173 años.

En la merindad de Estella (+10,9%) se aprecia un contraste violento entre el estancamiento-retroceso de la población en algunos de los valles más septentrionales, el suave crecimiento de los Somontanos centrales y el espectacular incremento demográfico de las villas más meridionales de la Ribera. Entre los primeros contamos el importante despoblamiento de los valles de Lana (-25,3%) y Aguilar (-13,3%), en el extremo noroccidental; menos intenso pero también perceptible fue el de las Améscoas, Allín y Berrueza. Entre los segundos destaca el incremento del 17,3% en el valle de Mañeru, máxime cuando venía precedido de un crecimiento constante desde el siglo XVI (252 fuegos de 1553 y 427 de 1726). Pero lo verdaderamente sorprendente es que las once villas más meridionales, que formaban la Ribera estellesa, pasasen de las 1.381 familias de 1678 a las 2.097 de 1726, con una ganancia de 51,82% en medio siglo (0,87% anual). Un crecimiento tan notable se explica por la afluencia masiva de inmigrantes, buena parte de los cuales procedían de tierras más septentrionales de la merindad, como se comprueba documentalmente. La extensión de los cultivos y, principalmente, quizás, la intensificación por el regadío, (crecen sobre todo las villas mejor irrigadas por el Ebro y bajo Ega: Andosilla, Azagra, Cárcar, Lodosa, Mendavia, San Adrián y Sartaguda) estarían inseparablemente unidas a la expansión demográfica.

Algo parecido debió ocurrir en la merindad de Olite. El suave crecimiento global de 6,5% encubre una importante redistribución de la población. El piedemonte Tafalla-Olite y, en general, las tierras más septentrionales se despoblaron para alimentar al espectacular crecimiento de los pueblos ribereños de los ríos Aragón y Arga. En contraste con las pérdidas de Artajona, Mendigorriá, Berbinzana, Miranda, valle de Orba, San Martín de Unx y Ujué, de hasta el 20% en este medio siglo, Caparroso (+59,3%), Funes (+46,3%), Milagro (+43,2%), Murillo el Fruto (+35,8%) y Santacara (+34,9%) crecieron a un ritmo similar al de las villas vecinas de la Ribera estellesa (entre 0,58% y 0,93% anual).

La merindad de Tudela (+9,5%) no ofrece contrastes similares a los de Estella y Olite. Aquí el crecimiento fue muy suave y prácticamente general en todos los pueblos. Sólo destacan dos de ellos, precisamente los situados a orillas del río Aragón y lindantes con la merindad de Olite: Carcastillo (+117,2% de 41 a 89 familias) y Villafranca (+54,5%). Esto confirma la existencia de una «franja» de crecimiento demográfico muy rápido en 1678-1726 (entre 0,6 y 0,9% anual), que adopta forma de media luna dispuesta latitudinalmente, con extremos en Mendavia y Carcastillo, y que comprende las confluencias de los cursos bajos de los ríos Ega, Arga y Aragón con el Ebro.

41. F. IDOATE, *La Comunidad del Valle de Roncal*, Pamplona, 1977, pp. 161-162.

2.4. Un balance suavemente positivo: 1553-1726

Desde mediados del siglo XVI hasta el primer cuarto del XVIII, la población navarra creció muy poco: 32.064 familias en 1553 y 36.190 en 1726, un 12,9% en 173 años (0,07% anual). Pero estas cifras encubren comportamientos muy diversos.

La merindad de Pamplona fue la única que conoció un crecimiento relativamente importante (de 9.722 a 12.365 familias: +27,29%) y casi ininterrumpido: suave en la primera mitad del XVII y muy rápido en ciertos valles del extremo N. O. durante la segunda. El efecto revolucionario de la introducción del maíz, seguramente, fue lo que permitió crecimientos notables que arrancan, probablemente, antes de 1650 para culminar a fines de siglo: Baztán +58,8%, Bértiz-Arana +43,5%, Cinco Villas +69,4%, Santesteban +69,7%, Basaburúa Menor +54,9%⁴². En el resto, algunas ganancias menores y pequeñas pérdidas dan la imagen de un mundo campesino donde, si apenas se producen avances de importancia, tampoco se sufren graves catástrofes.

Algunos de los valles más occidentales y meridionales de la merindad de Sangüesa, o situados sobre el eje principal de comunicaciones que unía las villas de Lumbier y Aoiz con Pamplona, crecieron notablemente (Urraul +23,7%, Lónguida +42,1%, Izagaondoa +28,8%). Pero no bastó para absorber y compensar el flujo migratorio procedente, principalmente, de los valles pirenaicos más orientales y de la propia capital (valles del Roncal —25,7%, Salazar -10,6%, almiradío de Navascués -18,3%, ciudad de Sangüesa -31,7%). El balance secular resultó prácticamente nulo: 6.189 familias en 1553 y 6.183 en 1726.

La comparación de los efectivos globales de las merindades de Estella y Olite -con ganancias de 9,5% y 6,3%- puede inducir a error: olvidar que el XVII conoció una profunda redistribución geográfica de la población. La crisis de los años 1630-1650 parece que fue especialmente grave en las tierras más meridionales, mientras el resto se defendió algo mejor. Entre 1680 y 1726, por el contrario, el crecimiento se polarizó de forma inversa y el despoblamiento-estancamiento de buena parte del Somontano septentrional y de la Montaña más oriental alimentó un crecimiento rapidísimo de las tierras bajas de las riberas de los ríos Aragón, Arga, Ega y Ebro.

Los contrastes internos de la merindad de Tudela se compensaron en un crecimiento global del 8,5%. La explicación de conjunto es muy difícil sin considerar las circunstancias concretas de cada localidad. En general, parece que los pueblos de las cuencas de los ríos Alhama y Queiles (Corella, Cintruénigo y Fitero en el primero; Murchante, Cascante, Ablitas, Barillas, Tulebras y Monteagudo, en el segundo), que contaban con una cierta ventaja por su situación al pie del Sistema Ibérico, se defendieron mejor de la crisis y crecieron algo más que los demás.

42. Nos encontramos con una evolución paralela a la de Galicia, tanto la interior de Xallas como la costera del Salnés: con un importante crecimiento demográfico en el XVII, principalmente en la segunda mitad (aunque en Navarra no se llegara a duplicar la población), que se frenó en el XVIII. B. BARREIRO, *La Jurisdicción de Xallas a lo largo del siglo XVIII. Población, sociedad y economía*, Santiago de Compostela, 1973, p. 88; J. M. PÉREZ GARCÍA, *Un modelo de sociedad...*, pp. 77 y 84).

EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN DE NAVARRA EN EL SIGLO XVII

3. CRONOLOGÍA Y RITMOS DIFERENCIALES: 1600-1729

Los apeos, a modo de mojonos arbitrariamente distribuidos en el tiempo, dejan entre sí amplios vacíos que sólo el recurso a las series sacramentales puede llenar. Nos serviremos principalmente, según dijimos antes, de las curvas bautismales de 42 parroquias para establecer las fases de retroceso o de incremento de la población, con su cronología e intensidad⁴³.

No es posible, por el momento, cubrir equilibradamente todo el reino, porque faltan las investigaciones de base necesarias. La mitad de las series utilizadas son de pueblos de la Zona Media Occidental o estellesa (21): el resto se distribuye por la Navarra Húmeda del N.O. (3), Valles Pirenaicos (4), Cuencas Prepirenaicas (2), Zona Media Oriental (5), Ribera Estellesa (3) y Ribera Tudelana (3). Hacia 1678 sumaban el 14,3% de la población navarra (el 27% de la merindad de Estella y el 10,9% de las cuatro restantes). Otro elemento a considerar: las muestras de las merindades estellesa, olitense y tudelana reflejan ponderadamente el distinto «peso» demográfico de los lugares, villas y ciudades, cosa que no sucede en las de Pamplona y Sangüesa, donde no se traduce proporcionalmente el predominio de las pequeñas aldeas.

3.1. Estancamiento (1600-1630)

La curva bautismal A (gráfico n.º 1) adopta una forma casi perfectamente horizontal entre 1600 y 1630, sólo interrumpida por dos breves depresiones gemelas hacia 1607-1609 y 1615.

El inicio de la estabilización demográfica en Navarra puede fecharse en torno el cambio del siglo, una vez frenado el rápido crecimiento de la década de los ochenta por una sucesión de años de hambre y enfermedad: 1592-1596, 1599-1601 y 1604-1607⁴⁴. Parece que el efecto de la peste de 1599-1601 no fue tan catastrófico en Navarra como en Castilla la Vieja o el Cantábrico⁴⁵. Y que al menos tan graves como ésta fueron las mortandades de los años 1604-1606, ligadas, probablemente, al hambre: siendo la cosecha de 1605 especialmente mala y sin que las inmediatas supusieran un alivio, los precios del cereal se mantuvieron anormalmente elevados los años-cosecha de 1605-1606 y de 1606-1607⁴⁶. El hundimiento de los bautismos en 1615 coincide con una nueva crisis de mortalidad, también de moderada intensidad.

Si bien en 1607-1609 y 1615 la recuperación es inmediata, parece que la población ha alcanzado un límite. Las medias cíclicas de bautismos apuntan un

43 No cabe duda de que la relación número de bautismos/número de habitantes no resulta matemáticamente exacta: bien porque los bautismos registrados no equivalgan a todos los realmente nacidos (por un subregistro en el libro correspondiente), bien porque cambios en la nupcialidad y fecundidad puedan alterar esta constante, hemos podido comprobar ambos extremos en *La merindad de Estella*, pp. 69-70. De cualquier modo, queda corroborada páginas atrás la existencia de un paralelismo en los trazos fundamentales entre apeos de población y curvas bautismales, según las tasas brutas de natalidad calculadas para los años 1646, 1678 y 1726, suficiente para el objeto que pretendemos.

44 A. FLORISTAN I, *Poblacion*, 227-231

45 E. ORTA, *Nuevas aportaciones al estudio de las pestes en Navarra. La epidemia de 1597-1602*, «P.V.», XLI (1980), pp. 136-137. V. PEREZ MOREDA, *Las crisis*, pp. 295-296.

46 A. FLORISTAN I, *La merindad de Estella*, p. 364 y 369

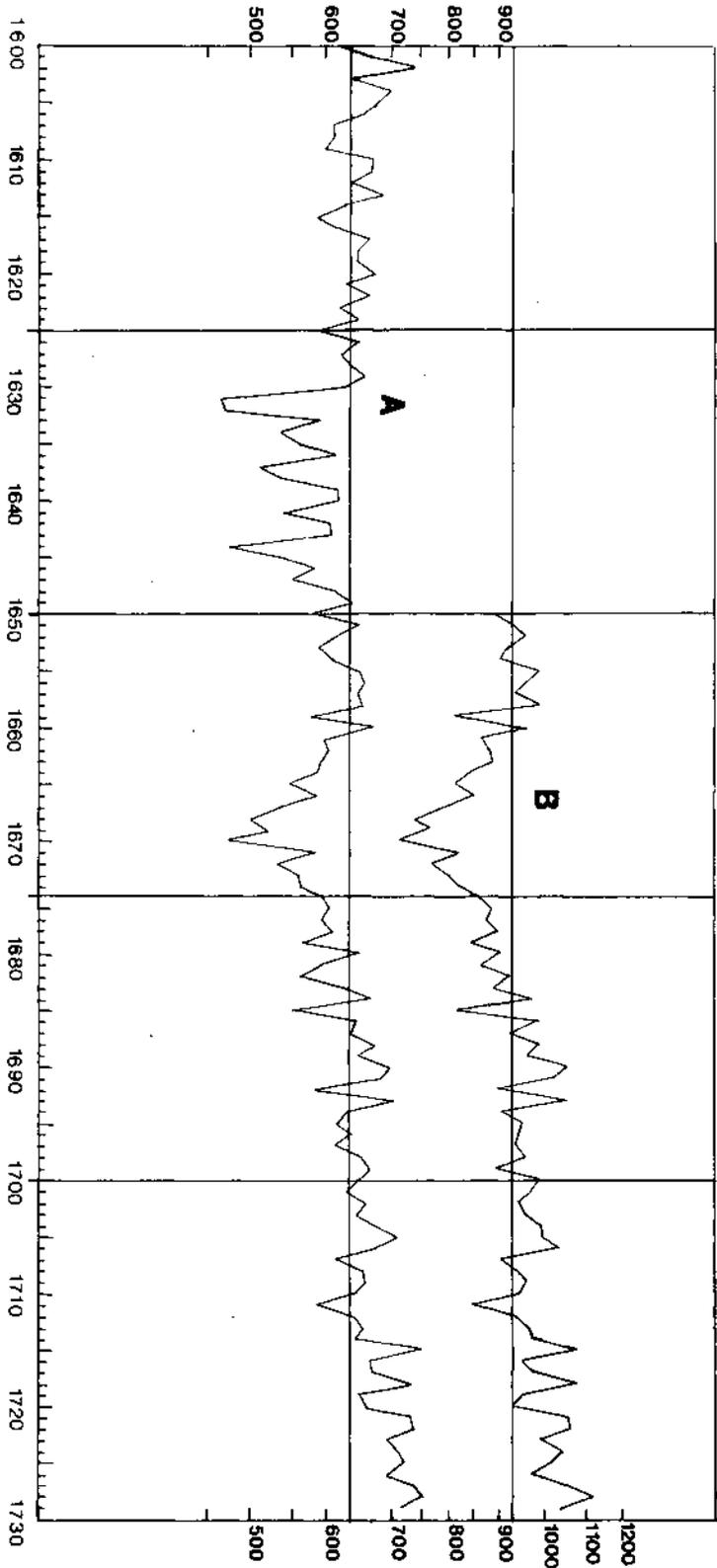


Gráfico 1. BAUTISMOS EN 42 PARROQUIAS: A. 1600-1729: Mañeru, Cirauqui (S. Román y Sta. Catalina), Estela (S. Juan), Eularet, Larraona, San Martín, Aras, Barçota, Andosilla, Larraga, Ujué, Echauri, Cascañte, Garralda, Cáseda, Caparoso, Elizondo, Olite (S. Pedro), Sangüesa (Sta. María), Urdián, Villafrañca y Villava. B. 1650-1729: las anteriores más Tafalla (S. Pedro), Huarte-Araquil, Lumbier, Mendigorria, Monreal, Roncal, Genevilla, Marañón, Desojo, Abartzuza, Arizala, Lezaun, Eraul, Ugar, Dicastillo, Arróniz, Los Arcos, El Busto, Sansol.

EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN DE NAVARRA EN EL SIGLO XVII

declive muy suave en estas tres primeras décadas del siglo: 655,7 (1600-1609), 651,5 (1610-1615), 644,6 (1616-1625) y 614,5 (1626-1631). Pero, de hecho, no se puede hablar de una verdadera crisis antes de 1630.

3.2. Crisis y recuperación (1631-1655)

El hundimiento demográfico coincide con la grave mortandad de 1631, probablemente la más intensa padecida en Navarra en los siglos XVII y XVIII. Una serie de pésimas cosechas en los años 1630-1632 hicieron que el precio de los cereales se mantuviese muy elevado, alcanzando en 1631 su máximo secular, con cifras que multiplicaban casi por cuatro la media de la década precedente⁴⁷. La enfermedad acompañó al hambre, bien porque tuviera en él su origen, bien porque propiciara la difusión de la peste de 1629-1631⁴⁸. De cualquier modo, aunque no conozcamos bien las consecuencias de su impacto sobre la estructura demográfica, se adivina la profunda quiebra que ocasionó y lo prolongado de sus efectos en el tiempo, sirviendo de hito indiscutible en la historia demográfica del XVII navarro.

En los años 1631-1645 no se aprecia una tendencia de recuperación. Quizás, probablemente, porque tras el inicio de la guerra con Francia, en 1635, Navarra padeció los transtornos inherentes a un conflicto en el que su participación era de primera línea: a veces con las armas en la mano (en la incursión organizada por el virrey marqués de Valparaíso en 1636, en el socorro de Fuenterrabía de 1638), pero, sobre todo, con alojamientos de tropas y suministros diversos. Además, como siempre que se rompía con Francia, el cierre oficial de la frontera producía graves perjuicios a la economía del reino, estrechamente vinculada con el país vecino (exportación de lanas y vino; importación de manufacturas, ganados, etc⁴⁹).

La ralentización del conflicto desde finales de los cuarenta, con los levantamientos de la Fronda en Francia, y la concentración de tropas en Aragón para la reconquista de Cataluña, permitió un cierto respiro, al que siguió una indudable recuperación desde 1645. El alza de los bautismos, muy fuerte entre 1645 y 1650 es, en buena medida, un movimiento de compensación característico de todo período posbélico. Si nos atenemos a las medias cíclicas de bautizados, la del sexenio 1654-1659 (635,5) es muy poco inferior a la de la década 1616-1625 (644,6), lo que parece indicar su importancia.

Severas medidas de aislamiento preservaron a la mayor parte de Navarra del gravísimo contagio pestífero que, entre 1647 y 1654, asoló el Levante, extendiéndose a Cataluña y Andalucía y penetrando ampliamente por Aragón⁵⁰. Además, con la desviación del conflicto hispano-francés primero a

47. Ibid., p. 370.

48. Así lo sugiere E. ORTA (*Nuevas aportaciones al estudio de las pestes en Navarra (II) Siglos XVI y XVII*, «P.V.», XLII (1981), pp. 46-48), si bien las pruebas documentales aportadas no son inequívocas y pudo no tratarse de una crisis epidémica por «peste» sino, como apunta V. PÉREZ MOREDA para la Castilla interior, de una crisis «mixta» (*Las crisis de mortalidad...*, 298-300).

49. F. IDOATE, *Notas para el estudio de la economía navarra y su contribución a la Real Hacienda*, «P. V.» XXI (1960), pp. 94-95; y *El esfuerzo militar de Navarra en el siglo XVII*, en «Rincones de la Historia de Navarra» (Pamplona, 1979), I, pp. 105-110.

50. Sólo Cascante, Cintruénigo y Buñuel, en la merindad de Tudela, fueron atacadas por la peste (E. ORTA, *La Ribera tudelana...*, p. 848 y 857). J. MAISO, *La peste aragonesa de 1648 a 1654*, Zaragoza, 1982.

Cataluña y luego a las tierras y mares de la Europa septentrional, vino la retirada de buena parte de los tercios acantonados y la restauración del libre tráfico con Francia, con lo que el reino comenzó a recobrar su pulso. Las peticiones de hombres y dinero, principalmente para la guerra de Cataluña, secundadas siempre con poco entusiasmo, no eran ni mucho menos tan perjudiciales como sufrir la guerra en casa.

3.3. Nuevo hundimiento y restauración (1660-1680)

La curva de bautismos inicia a partir de 1660 un pronunciado declive, para tocar fondo en 1670, a un nivel casi tan bajo como el de 1631, lo que resulta, al menos en principio, sorprendente. Porque la crisis de mortalidad de 1659-1660, que no puede compararse en intensidad con la catastrófica de 1631, no fue, desde luego, la causa exclusiva ni primordial. Tampoco pueden aducirse otros condicionamientos políticos -hay una relativa tranquilidad en la frontera pirenaica- y económicos. La explicación demográfica parece, de momento, la más convincente: la caída de los bautismos en torno a 1670 fue la consecuencia a largo plazo de la mortandad de 1631 y de las circunstancias bélicas del quinquenio 1635-1639, que habrían desequilibrado gravemente la pirámide de la población. La enfermedad y la muerte, las levadas forzosas y los desplazamientos de población crearían una serie de «clases vacías» que, llegadas a la madurez, 25-30 años más tarde, serían incapaces de mantener los niveles de nupcialidad y de natalidad, originando la brusca caída de los bautismos. Si a esto añadimos la coincidencia de unos años de mortalidad anormalmente elevada precisamente en 1668-1670 nos podemos explicar la profundidad de la muesca. La recuperación, iniciada inmediatamente, culmina hacia 1680 y corre paralela a la que veíamos, veinticinco años atrás, en la década 1645-1655. Los años ochenta son de notable alza de los bautismos⁵¹, lo que parece confirmar que el bache precedente se debía al efecto de una herencia tarada más que a motivos profundos.

3.4. Un lento crecimiento (1680-1729)

El promedio anual de bautismos en las 23 parroquias examinadas fue casi el mismo a finales que a principios del siglo XVII: 655,7 en 1600-1609 y 650,3 en 1690-1699. Presumiblemente, también la población total sería, más o menos, la misma. Se cerraba así una centuria «neutra», en apariencia al menos, en la historia de la población de Navarra. Aunque, tras el equilibrio global de pérdidas y ganancias, crisis y recuperación, se escondan, probablemente, algunas transformaciones importantes, con repercusión en la centuria siguiente.

Entre 1690 y, aproximadamente, el final de la guerra de Sucesión, se repite, al mismo nivel, el perfil horizontal de las tres primeras décadas del seiscientos.

51. Navarra contrasta, en este punto, con las graves dificultades que atravesó Castilla en 1677-1687: A. DOMÍNGUEZ ORTIZ, *La crisis de Castilla en 1677-1687*, en «Crisis y decadencia en la España de los Austrias» (Barcelona 1973), pp. 197-217; H. KAMEN, *The Decline of Castile: the last Crisis*, «The Economic History Review», XVII (1964-1965), pp. 63-76.

EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN DE NAVARRA EN EL SIGLO XVII

Aunque la población supera pronto el apuro de algunos años especialmente difíciles, de ningún modo se advierten indicios de una tendencia segura hacia el crecimiento. Los años 1693-1695, 1699-1700 y 1711 conocieron sucesivas crisis de mortalidad de intensidades crecientes; la última, la peor del siglo XVIII, sólo quedó por debajo de la de 1631. En los tres casos se trató, probablemente, de mortandades debidas a la carestía alimenticia de esos años⁵²

El cambio de dinastía en el trono de España no modificó de momento la condición fronteriza de Navarra: siguió siendo, como se pudo comprobar en 1719, el baluarte de Castilla que adquiriera Fernando el Católico. La Guerra de Sucesión afectó directamente a Navarra, donde el apoyo a la causa de Felipe V se tradujo en importantes aportaciones de dinero y hombres⁵³. Todo ello detuvo y retrasó un crecimiento demográfico que surge con fuerza una vez finalizado el conflicto. Desde 1715, la curva bautismal remonta definitivamente el nivel de los 650 bautismos anuales que parecía infranqueable en el siglo XVII y lo hace con fuerza: 649,8 en 1700-1711, 672,4 en 1712-1720 y 717,8 en 1721-1729.

3.5. Montaña, Zona Media y Ribera

A fin de ilustrar la diversidad de evoluciones existente, aunque sin pretensiones de exhaustividad, imposible por el momento, hemos seleccionado las curvas bautismales de nueve pueblos que son, en buena medida, representativos de trayectorias demográficas bien caracterizadas del siglo XVII navarro.

Huarte-Araquil (villa separada del valle de Araquil) y *Urdiain* (valle de Burunda), situados en el corredor que comunica la Llanada alavesa y la Cuenca de Pamplona, se engloban dentro de la Navarra Húmeda del N.O., de claro dominio atlántico.

La originalidad de su curva de bautismo (gráfico n.º 2) radica en la ausencia de una verdadera crisis en el siglo XVII y en la rapidez del crecimiento demográfico durante el último cuarto de siglo. Salvo pasajeros hundimientos -hacia 1629-1632 y 1642-1647-, que coinciden con mínimos bien marcados en casi todas las parroquias, la media móvil sigue un trazado perfectamente horizontal hasta 1650. También aquí los años cincuenta conocen un aumento de los bautismos que, en este caso, se compensa con el desfallecimiento de la quincena siguiente en que, hacia 1670, se conoce el mínimo secular. En el plazo de unos 25 años, entre 1675 y 1700, pasaron de 25 a 40 bautismos anuales de promedio (mínimo de 25,4 en el ciclo 1664-1673 y máximo de 40 en 1690-1705). Aunque el ritmo expansivo se detuviese ya en los años noventa y la Guerra de Sucesión se deje sentir con especial intensidad -¿por ser una comarca de paso de tropas?- la tendencia al crecimiento se recupera netamente a partir de 1715.

Larraga, *Ujué* y *Cáseda* son tres villas de la Zona Media oriental y Ribera alta del Ega con un balance demográfico claramente negativo: sumaban 630 fuegos en 1553 y solamente 472 en 1646.

52. El precio del trigo se elevó considerablemente en 1693, 1700 y 1709-14. La distribución estacional de las crisis de mortalidad de 1695 y 1711 que señala un máximo principal en verano parece apuntar esta explicación. (A. FLORISTÁN I., *La merindad de Estella...*, pp. 166-167).

53. R. OLAECHEA, *El reino de Navarra en el siglo XVIII*, Pamplona, 1980, pp. 12-13.

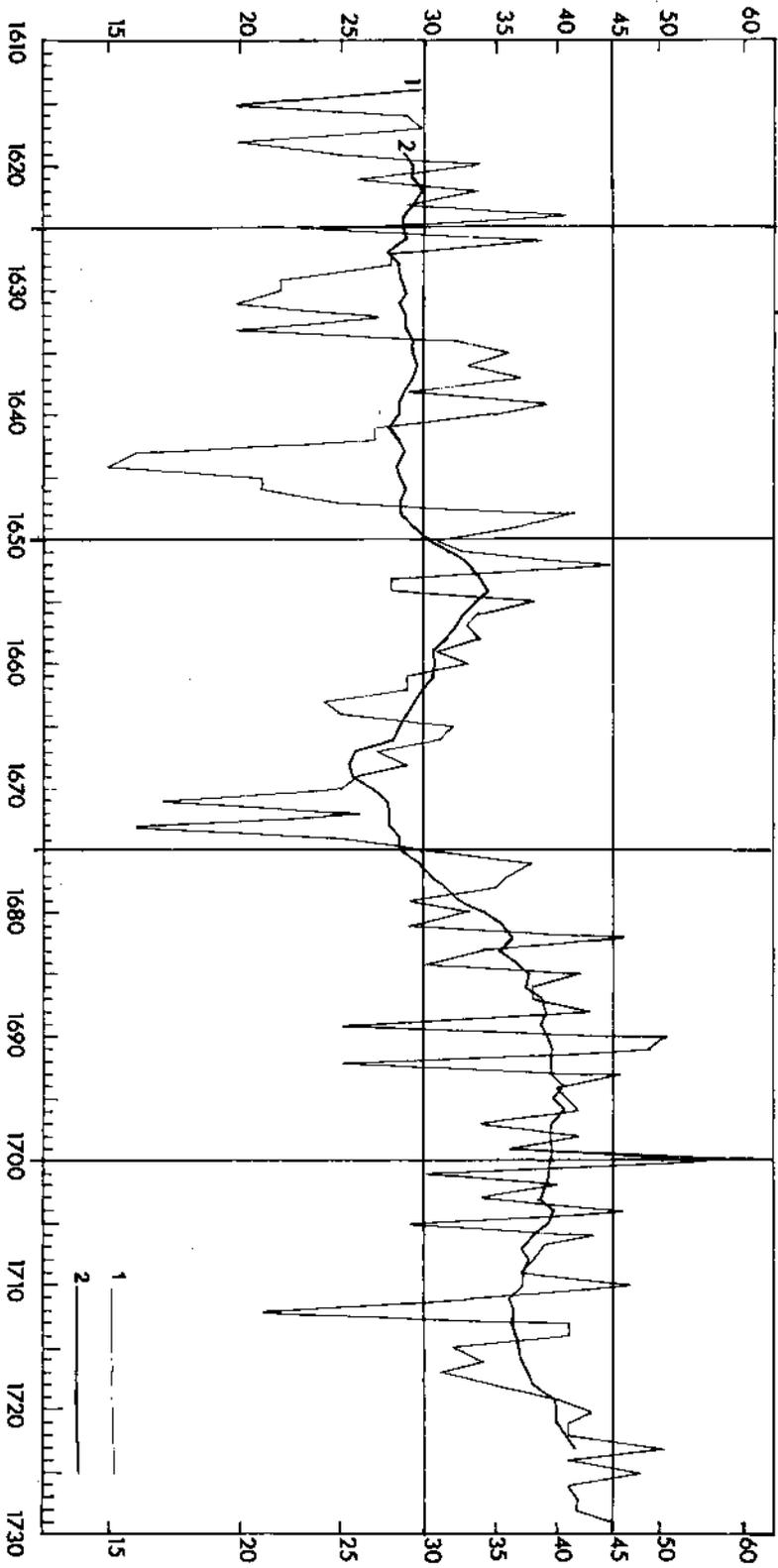


Gráfico 2. BAUTISMOS EN HUARTE-ARAQUII YURDIAIN, 1614-1729:1. Movimiento anual; 2. Media móvil 6.1.6.

EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN DE NAVARRA EN EL SIGLO XVII

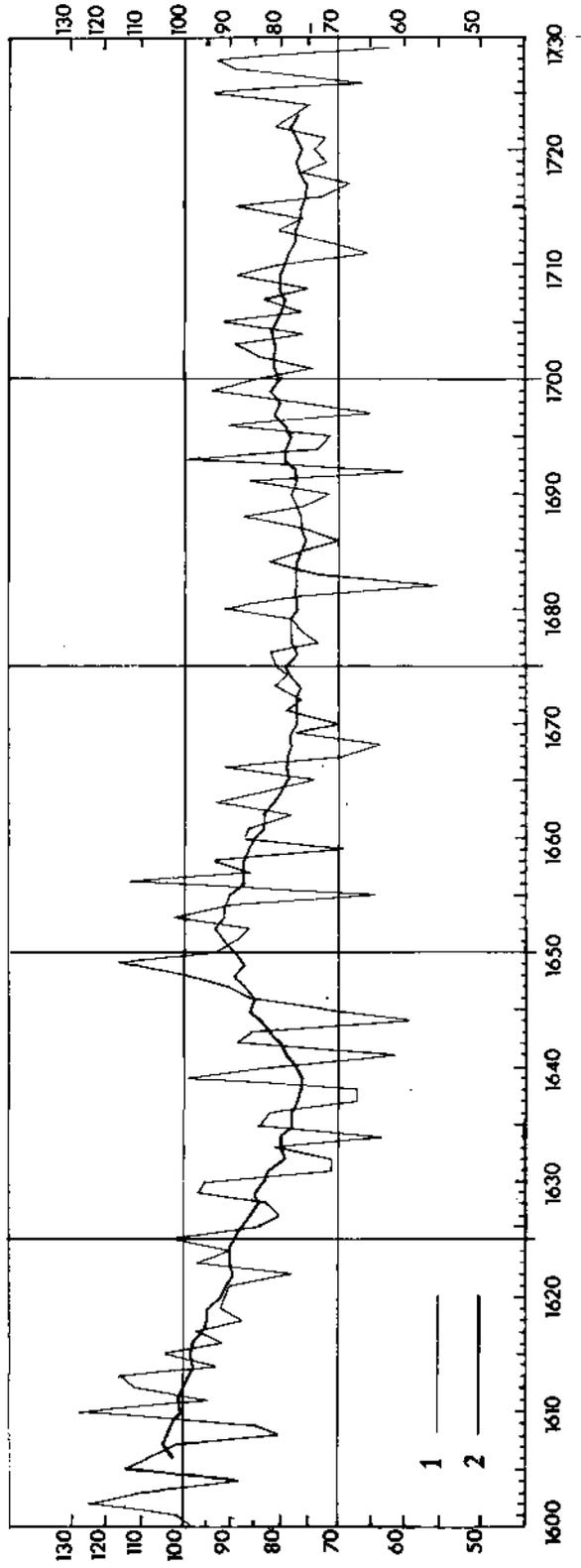


Gráfico 3. BAUTISMOS EN CASEDA, LARRAGA Y UJUE, 1600-1729: 1. Movimiento anual; 2. Media móvil 6.1.6.

Los principales trazos de la curva bautismal (gráfico n.º 3) son exactamente inversos a los de Urdiáin-Huarte Araquil. Un continuo retroceso de los bautismos llena el primer tercio del siglo: de los 96,1 promedio del ciclo 1608-1622 a los 76,2 del ciclo 1632-1644. El fondo se enmarca entre 1631 y 1645. La «recuperación» de los cincuenta es también aquí muy sensible. Sin embargo, apenas se distingue el bache en torno a 1670, tan pronunciado en otras parroquias. No hubo ningún crecimiento, ni siquiera en la década de los ochenta, de franca expansión en casi todas las series, y el leve aumento de los bautismos hacia 1700 fue anulado por la Guerra de Sucesión.

La originalidad de estas tierras de la Zona Media no se encuentra en la profundidad de su «crisis», con una pérdida aproximada del 25% de las familias, en lo que coinciden las cifras de los apeos y las medias bautismales. Lo sorprendente es que no hubiese ningún crecimiento durante el último cuarto de siglo, que llenase el importante vacío humano que se había producido. Aunque ésto se explica, quizás bien por la atracción que ejercerían las tierras inmediatamente meridionales, hacia las que se dirigirían los excedentes humanos.

En la Zona Media occidental, *Cirauqui y Mañeru*, dos villas vitícolas bien comunicadas con los mercados de la Montaña navarra, se defendieron con éxito de la crisis, con un saldo de crecimiento notable (gráfico n.º 4). Las dificultades de la primera mitad del siglo afectaron con fuerza a ambos pueblos, de un modo especial los años 1606-1609 y 1631-1644. Pero la inmediata recuperación de la década 1650 fue definitiva. En ningún momento se advierte un bache en los setenta y la estabilidad es perfecta hasta los años 90. Curiosamente, 1690-1715 fue un período de crecimiento rápido, probablemente porque el tránsito o la presencia de un número anormal de soldados en estos años en Navarra asegurase un elevado consumo de vino, como ocurriría un siglo después con ocasión de las guerras de la Convención y de Independencia.

La protección aduanera que disfrutaron los cosecheros navarros y el constante alza de los precios del mosto hacía especialmente rentable la explotación vitícola. Esto explica que comarcas como el valle de Mañeru, o el Partido de Viana, Valdizarbe, etc., incrementaran sensiblemente sus efectivos. Las 165 familias de Cirauqui y Mañeru en 1553, pasaron a ser 249 en 1646, 286 en 1678 y 336 en 1726; el promedio de 45 bautismos en 1641-1655 aumentó a 56 en 1716-1728, con una ganancia que podemos calcular en torno al 30%.

Caparroso y Villafranca, villas de la Ribera tudelana a orillas del Aragón, combinan de un modo verdaderamente espectacular la crisis demográfica, que llena la primera mitad de la centuria, con un crecimiento muy intenso, iniciado a continuación (gráfico n.º 5).

Caida continua e ininterrumpida de los bautismos desde la primera década hasta los años treinta: de 80 bautismos en el ciclo 1600-1607 a 57 en 1632-1645 (casi un 30% menos). 1631 abre un período de quince años que coincide con el fondo de la crisis, lo mismo que en los dos casos de la Zona Media antes examinados. La recuperación abierta hacia 1645 es inmediata y llena los años cincuenta. Los setenta, como en otras parroquias, interrumpen por un decenio largo la tendencia ascendente inaugurada con fuerza en los cincuenta. Esta se reanuda con inusitada intensidad entre 1675 y 1690, deteniéndose momentáneamente en la década final del siglo, para volver a empezar desde los primeros

EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN DE NAVARRA EN EL SIGLO XVII

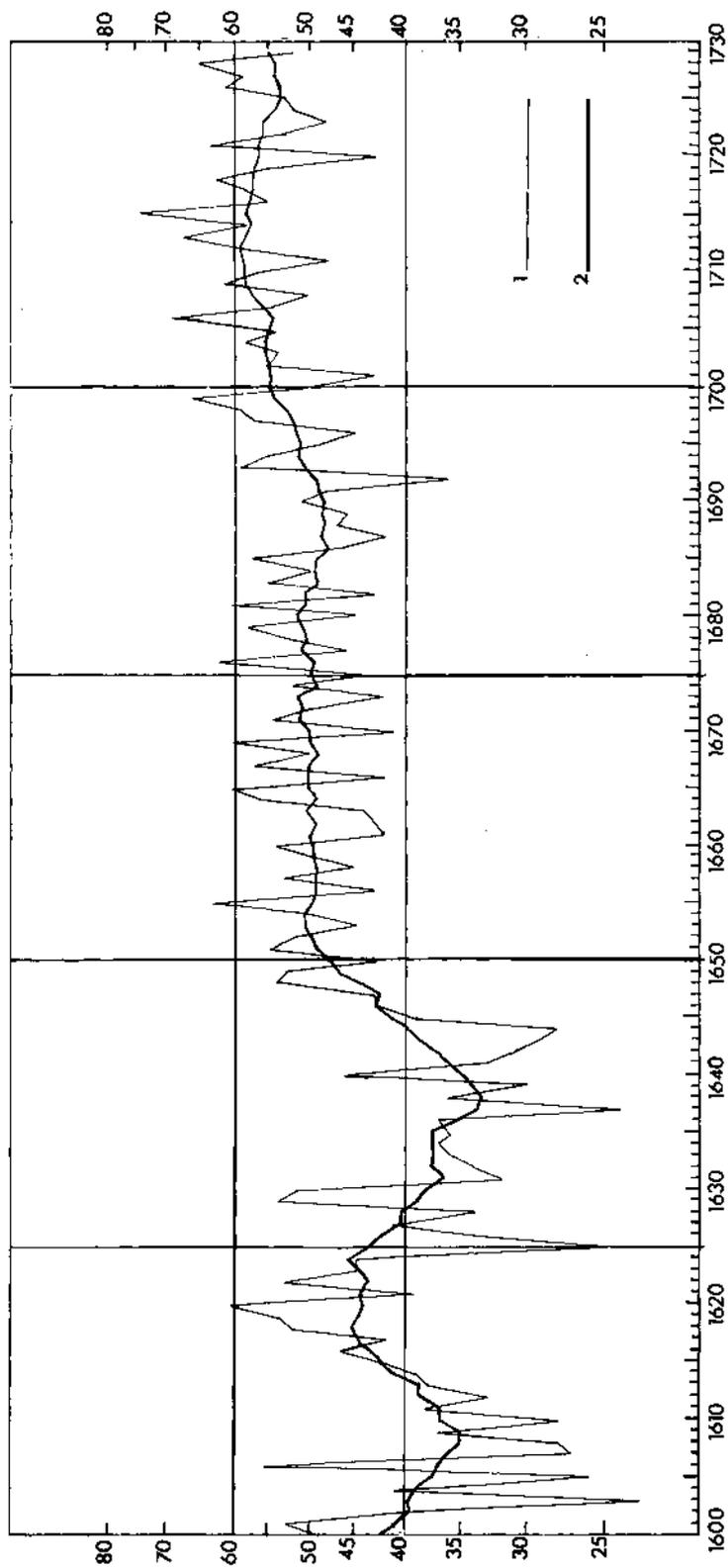


Gráfico 4. BAUTISMOS EN CIRAUQUI Y MAÑERU, 1600-1729:1. Movimiento anual; 2. Media móvil 6.1.6.

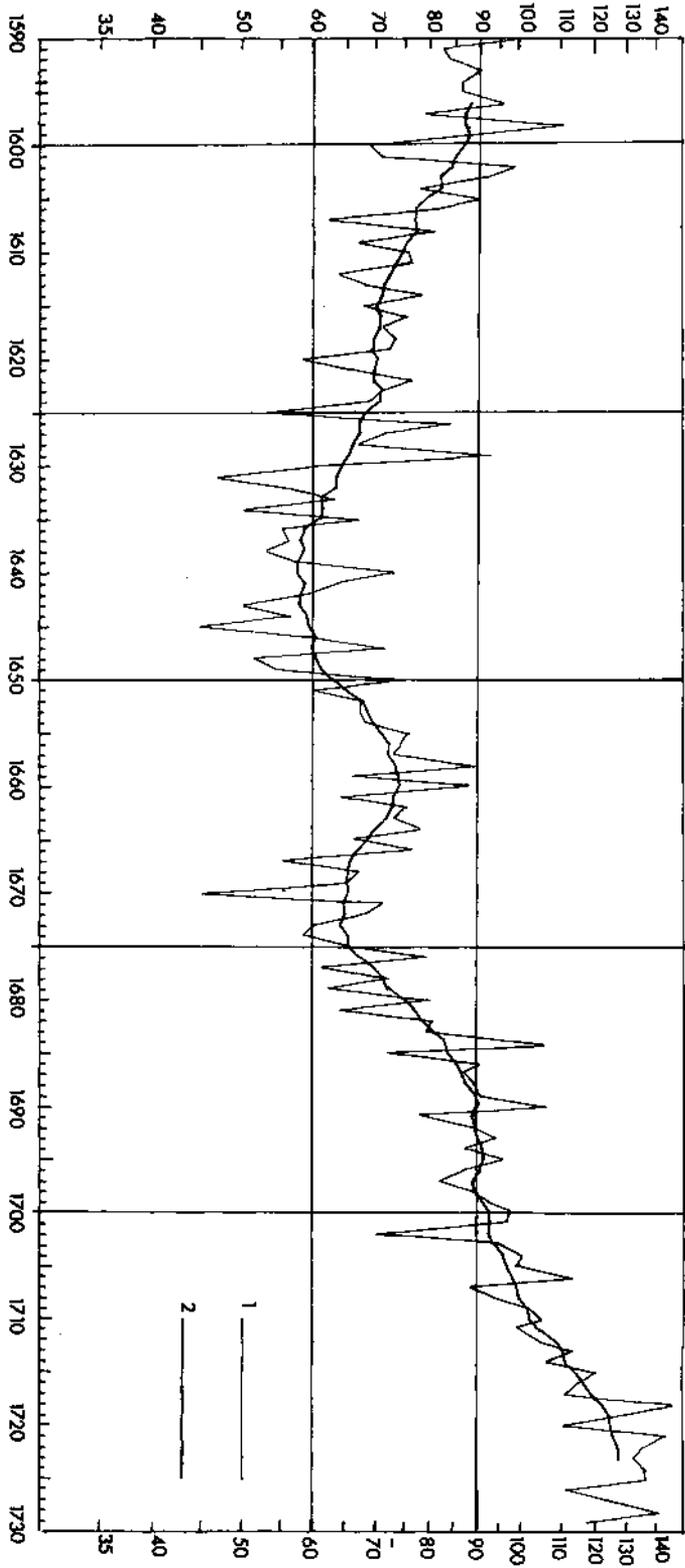


Gráfico 5. BAUTISMOS EN CAPARROSO Y VILLAFRANCA, 1590-1729:1. Movimiento anual; 2. Media móvil 6.1.6.

EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN DE NAVARRA EN EL SIGLO XVII

años del siglo XVIII, sin que se advierta hacia 1725 una ralentización o un cambio de tendencia⁵⁴.

El perfil de esta curva tiene muchas semejanzas con la de Ujué-Larraga-Cáseda en su primera mitad: declive de los bautismos hasta 1630, fondo de la crisis en 1631-1645, breve alza de los años cincuenta. Pero la diferencia es radical a partir de 1670-1675: el perfecto estancamiento, en un caso, y el crecimiento espectacular, en el otro, son dos extremos opuestos. Aunque, volvemos a repetirlo, probablemente no se explican el uno sin el otro: el crecimiento demográfico de las villas ribereñas sin el trasvase de la población excedentaria procedente de comarcas estancadas del Somontano.

4. NAVARRA EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XVII

El movimiento pendular, crisis y recuperación, de la población de Navarra en el siglo XVII se ajusta a lo que fue tónica general tanto en España como en buena parte del occidente europeo⁵⁵. Con todo, cabe precisar algo más y establecer comparaciones con la evolución de los reinos y comarcas españolas mejor conocidas.

La población del reino navarro sería aproximadamente la misma hacia 1600 y en 1700: unas 36.200 familias (¿163.000 habitantes?). No cabe, pues, incluirlo plenamente en la España atlántica, ya que no conoció el notable crecimiento de los efectivos humanos que probablemente tuvo ésta, según es posible comprobar en algunas comarcas gallegas⁵⁶, de Asturias⁵⁷ o, más próxima a nosotros, en la provincia de Guipúzcoa⁵⁸. Más bien habremos de situar a Navarra entre los territorios que, como el valle del Ebro, Cataluña y algunas regiones castellanas periféricas, padecieron una «crisis» demográfica de mayor o menor intensidad, por motivos a veces ligeramente distintos, pero que antes de 1700 habían recuperado los efectivos perdidos, en ocasiones con creces⁵⁹.

Si la interrupción del crecimiento demográfico del quinientos en Navarra puede fijarse hacia el fin del siglo, no se aprecia un verdadero hundimiento antes de 1630. A diferencia de la meseta castellana, donde la inversión de la

54. E. ORTA comprueba una evolución parecida en Tudela, Cintruénigo y Murchante: crisis decisiva de 1631 después de unos años de presión demográfica; primeros indicios de recuperación hacia 1650; franco aumento de los bautismos (al menos en Tudela y Cintruénigo), en el último cuarto de siglo (*La Ribera tudelana bajo los Austrias...*, pp. 816-820).

55. M.R. REINHARD y otros, *Histoire générale de lapopulation mondiale*, París, 1968, pp. 146-173.

56. B. BARREIRO *La Jurisdicción de Xallas...*, pp. 88; J. M. PÉREZ GARCÍA, *Un modelo de sociedad...*, pp. 77 y 84; O. REY CASTELAO, *Aproximación a la historia rural en la comarca de la Ulla (siglos XVII y XVIII)*, Santiago de Compostela, 1981, pp. 56.

57. C. M. SANZO FERNANDEZ, *La población de Asturias en los siglos XVII a XIX: Los registros parroquiales*, en «La economía española al final del Antiguo Régimen» (Madrid 1982), vol. I, pp. 261-348.

58. P. FERNANDEZ ALBALADEJO, *La crisis de Guipúzcoa...*, pp. 93-94. Respecto de Álava, las conclusiones de E. FERNANDEZ DE PINEDO y L. M. BILBAO coinciden en apreciar que la crisis no se detuvo a mediados de siglo sino que se prolongó durante la segunda mitad, sin que se advierta una recuperación (*Crecimiento económico...*, p. 20; *Crisis y reconstrucción de la economía vascongada en el siglo XVII*, «Saioak», I (1977), p. 173).

59. V. VÁZQUEZ DE PRADA, *Historia social (s. XVI-XVII)...*, pp. 93-94; H. KAMEN, *La España de Carlos II...*, pp. 105-106.

tendencia habría tenido lugar con anterioridad, hacia 1575-1585⁶⁰, o de los reinos de Aragón y Valencia, que con la expulsión de los moriscos en 1609-1610 recibieron un duro golpe⁶¹, Navarra se alinea más bien con Cataluña o Murcia⁶² en esta prolongación del equilibrio demográfico en las tres primeras décadas del siglo XVII.

Hambre, enfermedad y guerra, las tres parcas clásicas de la demografía universal, actuaron conjuntamente, como en tantas ocasiones. Llegó primero la epidemia, compañera de una grave carestía alimenticia, causando una gran mortandad en 1631. Inmediatamente hizo su aparición la guerra, el conflicto que estalló en 1635 con Francia y que, sobre todo en su primera fase hasta 1648, causó graves daños⁶³. Las consecuencias inmediatas -hundimiento económico, emigración y movilidad geográfica, propagación de enfermedades- retrasaron hasta 1650 los inicios de la recuperación demográfica.

La crisis tocó a fondo entre 1632 y 1650 aproximadamente, con una pérdida global que podemos estimar en torno al 15% de la población: el 12% de las familias, según el apeo de 1646, y el 16% de los bautismos, según las medias cíclicas entre el máximo de 1600-1609 y el mínimo de 1632-1637. Sin duda podemos calificarla de relativamente suave, si consideramos que fueron habituales en Castilla y Andalucía pérdidas superiores al 25%, tanto en el campo como especialmente en algunos centros urbanos⁶⁴.

El inicio inmediato de una vigorosa recuperación de los bautismos es muy evidente ya en la década de los cincuenta, cuando todavía la mayor parte del país se encontraba hundida en el marasmo de la grave epidemia de 1647-1654. Pero esto no significa el restañamiento de las heridas, cuya gravedad comprobamos indirectamente. La brusca caída de los bautismos entre 1660 y 1670, para volver inmediatamente, en 1675, al nivel de partida, cuando ni la guerra, ni la enfermedad ni el hambre afectaban catastróficamente a Navarra, dan cuenta de la trágica herencia de las generaciones diezmadas treinta años atrás, en 1631-1645.

60. V. PÉREZ MOREDA, *Las crisis de mortalidad...*, p. 246 nota 2; A. GARCÍA SANZ, *Desarrollo y crisis del Antiguo Régimen en Castilla la Vieja. Economía y sociedad en tierras de Segovia de 1500 a 1814*, Madrid, 1977, pp. 46 y 52.

61. Sobre las cifras de moriscos expulsados se pueden hacer muy pocas rectificaciones o añadidos a la obra clásica de H. LAPEYRE, *Géographie de VEspagne morisque*, París, 1959. En el reino de Valencia el estancamiento-declive, iniciado hacia 1585 en las comarcas interiores, se retrasó hasta 1610 en las costeras (J. CASEY, *El reino de Valencia en el siglo XVII*, Madrid 1983, p. 11-13).

62. J. NADAL, *Les hommes*, en «Histoire de la Catalogne», dir J. NADAL y Ph. WOLF (Toulouse, 1982), pp. 61-90. M.^a T. PÉREZ PICAZO y G. LEMEUNIER, *Notas sobre la evolución de la población murciana a través de los censos nacionales (1530-1970)*, «Cuadernos de Investigación histórica» (Valladolid), n.º 6 (1982), 5-37.

63. Para comprobarlo, basta con revisar el *Catálogo de la Sección de Guerra* del Archivo General de Navarra de F. IDOATE (Pamplona, 1978): el 39% de los documentos del siglo XVII tienen fechas entre 1635 y 1646.

64. A. GARCÍA SANZ, *Desarrollo y crisis...*, p. 53; M. C. GONZÁLEZ MUÑOZ, *La población de Talavera de la Reina (siglos XVI-XIX). Estudio socio-demográfico*, Toledo, 1974, p. 190; A. MARCOS MARTÍN, *Auge y declive de un núcleo mercantil y financiero de Castilla la Vieja durante los siglos XVI y XVII*, Valladolid, 1978, pp. 67-72; C. R. PHILLIPS, *Ciudad Real, 1500-1750. Growth, Crisis and Readjustment in the Spanish Economy*, Harvard, 1979, pp. 28-29; J. I. FORTEA, *Evolución demográfica de Córdoba en los siglos XVI y XVII (Presentación de fuentes y primeros resultados)*, en «Actas del I Congreso de Historia de Andalucía», (Córdoba, 1978), Edad Moderna I, pp. 390-391.

Como Cataluña, Navarra disfrutó en la década de los ochenta de unos años de tranquilidad militar, sin que padeciese con la intensidad de Castilla las malas cosechas y mortandades de 1677-1687, que frenaron y retrasaron la recuperación castellana iniciada con anterioridad⁶⁵. El año 1678, con un 5% de familias más que en 1646, se sitúa en un período ascendente de la población que culminó hacia 1690. En la última década del XVII la población de Navarra sería aproximadamente la misma de las dos primeras, perfectamente cerrado el bache que se inauguró en 1631. Probablemente, Navarra se adelantaba así a la mayor parte de las comarcas del interior castellano, cerrando con dos o tres décadas de antelación su crisis del setecientos⁶⁶.

La interrupción entre 1690 y 1715 del suave crecimiento de los años ochenta parece estrechamente ligada al reavivamiento de la guerra (primero contra Francia y luego con Francia contra el pretendiente austríaco), aunque, sin duda, respondía también a otros frenos de orden económico. Navarra no padeció sino marginalmente los destrozos de todo tipo que las oscilaciones del frente de combates ocasionaron en Aragón⁶⁷; pero el mantenimiento de tropas, levadas de hombres, requisitos de alimentos, carros y caballerías, la interrupción del comercio, se dejaron sentir mucho más, probablemente, que en Castilla.

La evolución de la población de Navarra no se entiende sino como suma, mejor, como interacción de evoluciones comarcales y locales distintas. No es posible por el momento cartografiar y explicar en profundidad trayectorias tan notoriamente divergentes como las que concurren en este reino de poco más de diez mil kilómetros cuadrados. Los valles del N. O. que vierte el Cantábrico se integran, demográficamente hablando, en la España atlántica: sin que conocieran una crisis en la primera mitad del siglo, aumentaron su población en un 50-60% durante la segunda. Las villas de la Ribera, por el contrario, se parecen a las aragonesas o catalanas del valle del Ebro en la gravedad de la crisis iniciada en 1631 y en la intensidad de la recuperación anterior a 1700. La estabilidad de las pequeñas aldeas de la Montaña occidental y cuencas prepirenaicas, la sangría demográfica de los valles pirenaicos orientales, la pujanza de las comarcas vitícolas o los bruscos altibajos de los pueblos de regadío, ajustados a realidades geográficas y económicas bien conocidas, sugieren modelos de comportamiento clásicos, en buena medida, en el borde del mundo mediterráneo en que se sitúa Navarra.

65. H. KAMEN fija en los años cincuenta y sesenta los inicios de la recuperación demográfica, que las mortandades de 1677-1687 no hicieron sino retrasar (*La España de Carlos II*, p. 106).

66. En Segovia, por ejemplo, no se alcanzó hasta 1720 el promedio de bautismos del año 1600 (A. GARCÍA SANZ, *Desarrollo y crisis*, p. 53).

67. A. MORENO ALMARCEGUI (*Población del Norte de Aragón en los siglos XVII y XVIII* Tesis doctoral, Barcelona, 1982, II, 478-479).